

DÉCIMO PRIMER DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

Al regresar al Tiempo Ordinario, la Iglesia nos invita a reflexionar sobre lo que significa vivir la nueva vida que hemos recibido. La intensidad de la Pascua y Pentecostés da paso al trabajo continuo y cotidiano del discipulado. En la recuperación por medio de los Doce Pasos para familiares y seres queridos, este cambio resulta conocido. Pueden llegar momentos de claridad, esperanza o incluso de alivio, pero la paz duradera se forma a través de la práctica diaria y constante de entrega, límites sanos y confianza en Dios.

Las lecturas de este domingo hablan claramente sobre la identidad y la misión. En la primera lectura, Dios recuerda al pueblo de Israel lo que ya ha realizado: *“Los he levantado a ustedes sobre alas de águila y los he traído a mí.”* (Éxodo 19:4-6). La identidad del pueblo comienza como un regalo. Le pertenecen a Dios. La invitación a *“escuchar mi voz y guardar mi alianza”* no es una condición para ser amado, sino una respuesta a ello. Es una forma de vivir en la relación que ya se les ha otorgado.

Este es un punto de partida importante para la recuperación. Muchos de nosotros llegamos con un sentido distorsionado de la identidad. Puede ser que el comportamiento de otra persona, sus dificultades o su progreso nos hayan definido. Puede ser que nos sintamos responsables de componerlos, manejarlos o protegerlos. El temor, la ansiedad y el resentimiento, muchas veces moldearon la manera en cómo nos veíamos a nosotros mismos y a nuestro rol. La recuperación empieza a cambiar eso. Llegamos a ver que nuestra identidad no depende de las decisiones de otra persona. Somos hijos amados de Dios.

De esa identidad surge el rumbo a seguir. El Paso Tres nos invita a poner nuestras voluntades y nuestras vidas al cuidado de Dios. En la recuperación familiar, esto suele significar soltar el control. Significa confiar ante Dios a nuestros seres queridos, mientras asumimos

la responsabilidad de nuestras propias acciones, pensamientos y bienestar. No es una decisión de una sola vez. Es una práctica cotidiana basada en la oración, las juntas y las relaciones honestas.

El Salmo Responsorial refuerza esta verdad: *“Somos su pueblo y su rebaño”* (Salmo 100). Mantenerse unido a una comunidad sana es esencial. El aislamiento, muchas veces intensificaba nuestro temor y confusión. En la comunidad, encontramos apoyo, claridad y motivación. Empezamos a aprender de otros que han recorrido un camino similar y descubrimos que no estamos solos.

Los pasos Cuatro a Nueve nos invitan a tener una sanación más profunda. Empezamos a examinar nuestros propios patrones, incluyendo el control, el resentimiento, la permisividad o la evasión. Asumimos nuestra responsabilidad y buscamos sanación siempre donde sea posible. La Segunda Lectura nos recuerda la base de este trabajo (Romanos 5:8): *“Y la prueba de que Dios nos ama está en que Cristo murió por nosotros, cuando aún éramos pecadores.”* No se nos pide ganarnos el amor ni solucionarlo todo. Se nos invita a responder a un amor que ya se ha dado.

El Evangelio muestra cómo ve Jesús a quienes están en una lucha: *“Se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y desamparadas, como ovejas sin pastor”* (Mateo 9:36). Muchos de nosotros hemos sentido esa misma impotencia, ya sea en nosotros mismos o al ver sufrir a alguien a quien amamos. Jesús no responde con control o exigencia, sino con compasión.

Después, Él envía a sus discípulos con la misión de llevar sanación y esperanza. Esto modela nuestro papel en la recuperación. No estamos llamados a rescatar o cambiar a otros, sino a vivir con honestidad, compasión y confianza en Dios. A medida que crecemos, empezamos a responder de forma diferente. Establecemos límites,

decimos la verdad con amor y permitimos que los demás disfruten de la dignidad de su propio camino.

La recuperación se vive un día a la vez. Nos mantenemos cimentados en nuestra identidad como seres amados de Dios, nos mantenemos conectados con la comunidad, continuamos la labor de sanación y permanecemos abiertos a servir a los demás. Al hacerlo, participamos en la obra continua de Dios en nuestras vidas y en la vida de quienes nos rodean.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué momentos has encontrado que tu identidad está unida al comportamiento de otra persona, y cómo está cambiando eso en tu recuperación?
- ¿Cómo entiendes el entregar tu voluntad y tu vida a Dios en tus relaciones actuales?
- ¿Cómo se te invita a practicar la compasión sin asumir responsabilidades que no te pertenecen?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Éxodo 19:2-6a

SAL. RESP. Salmo 100:1-2, 3, 5

SEGUNDA LECTURA Romanos 5:6-11

EVANGELIO Mateo 9:36-10:8